

# LA INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA CATOLICA Y LAS VINCULACIONES DEL PROTESTANTISMO CON LA POLITICA Y CON LAS FUERZAS ECONOMICAS (1)

Por *GUILLERMO HOYOS OSORES*

Chesterton nos cuenta cómo, habiendo partido en busca de la verdad, la encontró por fin sobre la roca milenaria del Apóstol; maravillosa aventura que él estima comparable a la de un marino galense que saliera de su país con el propósito de descubrir un mundo ignoto y lejano más allá de la Nueva Gales del Sur y que, al tocar tierra después del gran periplo, se encontrara, con mucho asombro de su parte, en su propia patria, en las costas perfectamente conocidas de la Antigua Gales del Sur.

Pero aun aquellos que no perciban, como Chesterton, la luz de la ortodoxia, tienen que llegar necesariamente a la roca de San Pedro si buscan el sentido y la sustancia de esta civilización occidental que es en gran manera la obra de la Iglesia. Esta salvó la cultura greco-latina de sus propios gérmenes letales, conservó en el refugio de los monasterios los tesoros del mundo antiguo enriqueciéndolos con el incomparable aporte de la filosofía cristiana, inspiró a los hombres un nuevo concepto de su dignidad y su destino trascendente, y creó las formas admirables de una sociedad a la vez democrática y jerárquica. "Iglesia Católica, Iglesia del Orden — exclama un insigne descreído de nuestro tiempo —. Yo soy romano en la medida en que me siento hombre, animal que constru-

---

(1).—Conferencia del ciclo organizado por la Acción Católica, dada en el Colegio de la Inmaculada el viernes 28 de Febrero de 1941.

ye ciudades y Estados y no simple roedor de raíces, animal social y no carnicero solitario, ser que, transhumante o sedentario, aspira a capitalizar las adquisiciones del pasado y a deducir de ellas una ley racional, y no destructor errante que se nutre de ruinas. Yo soy romano por todo lo positivo de mi ser, por todo lo que allí han puesto el trabajo, el pensamiento, la memoria, la razón, la ciencia, las artes, la política y la poesía de los hombres. Roma significa la civilización y la Humanidad. Yo soy romano, yo soy humano: hé aquí dos proposiciones idénticas”.

No hay en la Historia nada que pueda compararse a la obra de la Iglesia, ni mayor prodigio que el realizado por ella. Al comienzo de la Era Cristiana, el Imperio estaba ya carcomido por las supersticiones del Oriente, los vicios asiáticos, los excesos de la tiranía, las depredaciones de una fiscalidad insaciable, la esclavitud, el relajamiento total de las costumbres, el dominio conjunto y ominoso del Pretorio, la plutocracia y la plebe. Y mas allá del Danubio acechaban la coyuntura propicia para lanzarse sobre ese mundo declinante, los bárbaros. ¿Qué habría sucedido entonces sin la intervención milagrosa de la fé cristiana? Unos cuantos hombres humildes, animados por una inspiración verdaderamente divina vencen con la palabra y el heroísmo, triunfan sobre las sutilezas de la inteligencia anarquizada por el sofisma, y frenan el impulso vital de los pueblos primitivos, depuran una civilización decadente y someten el ímpetu de la barbarie a las leyes del Crucificado.

Sobre las ruinas del mundo antiguo la Iglesia creó un orden católico, es decir universal, en el que como dice San Pablo “no hay siervo ni hombre libre, no hay griego ni judío, ni bárbaro ni scyta”, pero en cuyo seno las formas más diversas se combinan en “una serie de contrastes como acabada poesía”, según las palabras del doctor de Hipona. “Sin consistir siempre en una obediencia, el catolicismo es en todos los casos un orden” — observa Maurras —. “Su genio previsor guía y sostiene la voluntad, la presente desde su intención en gérmen” y “por insinuantes maniobras o ejercicios violentos repetidos de Edad en Edad, la vida moral es captada, orientada y conducida como por la mano de un artista superior”. La cristiandad organizada en Iglesia se funda en el concepto del orden universal, del *ordo amcris*, como le llama San Agustín, que tiene un sentido teleológico, que va hacia Dios y se prolonga al trans-

mundo al impulso de un anhelo de eternidad, creando una admirable jerarquía de valores que se armoniza con la igualdad de los hombres ante la Cruz. "Todo hombre en cuanto hombre es digno de ser amado por la causa de Dios", afirma la Patrística. La unidad no es pues en la obra de la Iglesia rebajamiento o destrucción de los valores personales, pues ni siquiera en las formas ascéticas del cristianismo el alma se anega en Dios como sucede en las religiones orientales, sino que "reposa en él como el contemplador en lo contemplado". Pero la Iglesia es unidad indivisible, cuerpo místico del que todos los hombres son miembros y cuya cabeza es Jesucristo. "La confianza apriorística de que en el mundo, por doquier limitado, reina el orden, constituye el grandioso optimismo metafísico de la Edad Media, sobre cuyo fondo se destaca parejo el pesimismo moral". (Landsberg). De allí que la filosofía cristiana tenga por finalidad suprema "imprimir el orden del Universo y de sus causas" (Santo Tomás), mas no como algo estático y estéril, sino como un concepto de aspiración eterna y de perenne combate para vencer la tendencia al error y al mal impresa en el espíritu humano por la primera caída. Así nace en el cristianismo el sentido de la humildad junto con la fé en el triunfo del bien no sólo por la gracia sino por las obras, contra el concepto negativo y desolador del maniqueísmo que debía infectar más tarde el pensamiento protestante. Unidad en un sistema rico de contrastes, universalidad del cristianismo contra las tendencias anárquicas y las interpretaciones peligrosas del Evangelio y la Dogmática, orden teleológico y libertad del espíritu en el esfuerzo hacia la perfección, al mismo tiempo que reconocimiento humilde de la flaqueza humana: tales son los principios que han informado en el curso de dos milenios la obra de la Iglesia y gracias a los cuales existe la civilización cristiana de Occidente. Ninguna inteligencia reflexiva y limpia de las ineptias difundidas por los anarquistas intelectuales del individualismo puede juzgar sin admiración la clarividencia y energía con que luchó la Iglesia durante siglos contra las sectas heréticas cuyo triunfo habría destruído el orden católico, es decir la idea de universalidad sobre la cual reposa la cultura europea. Quien estudie su actitud frente al gnosticismo, a los arrianos, a los socinianos, a los iconoclastas, a los panteístas, a los nominalistas, etc., quien considere esa lucha milenaria no ya con espíritu religioso o

pensamiento teológico, sino con simple criterio histórico, tendrá que saludar cada uno de sus triunfos como la victoria de lo que es afirmativo y fecundo sobre lo que es destructor y disolvente. Por eso un ilustre humanista contemporáneo ha llamado a la Iglesia católica "arca de salvación de las sociedades". "Hay que definir las leyes de la conciencia para plantear el problema de las relaciones entre la sociedad y el hombre — dice ese insigne heredero del pensamiento clásico —; para ello es preciso constituir autoridades vivientes encargadas de interpretar los casos conforme a las leyes, y esas dos condiciones no se encuentran reunidas sino en el catolicismo. Allí y sólo allí el hombre obtiene sus garantías pero la sociedad conserva las suyas".

Así se explica que la Iglesia haya representado la justicia en tiempos de hierro, misión cumplida con vigor desde San Ambrosio que hace doblar la cabeza imperial al peso del arrepentimiento por la destrucción de Thesalónica, hasta Tomás Moro que prefiere la muerte a la aprobación de las arbitrariedades del monarca. No es del caso tratar aquí de la influencia civilizadora de la Iglesia para pulir y suavizar las costumbres, ni de su constante condenación de la esclavitud, ni de su obra democrática en la difusión de los conocimientos, ni de cómo, al ponerse en contacto con el mundo gótico, engendró el ideal caballeresco, el culto a la mujer, las leyes del honor, la cortesía. Baste decir que esta acción creadora de una espiritualidad desconocida en el mundo antiguo, era realizada al mismo tiempo que se conservaba, incorporaba y cristianizaba la cultura del paganismo. Una gran falsedad difundida entre el vulgo de la semi-ilustración y convertida en tópico determinante de arbitrarias divisiones y clasificaciones de la Historia europea, es la del eclipse completo del pensamiento clásico — con excepción de Aristóteles — durante la Edad Media hasta el Renacimiento. La verdad es que desde los primeros tiempos los Padres de la Iglesia, Orígenes, San Clemente de Alejandría, etc., incorporaron a la filosofía cristiana mucho de lo que hay de más noble en la filosofía ateniense; y los estudios de Wulf han demostrado la influencia del "Timeo" en los primeros tiempos de la escolástica, cuando aun no estaban en boga las ideas del Estagirita. "La Iglesia católica — dice el ilustre autor de "Ortodoxia" — fué primero platónica y super-platónica. El aire dorado de Grecia que respiran los primitivos comentaristas sacros

se encuentra saturado de Platón; los Padres de la Iglesia son más auténticamente neoplatónicos que los neo-neos del Renacimiento. Crisóstomo y Basilio piensan Logos o Sophia tan natural y espontáneamente como nuestros políticos piensan crisis, inflación o Sociedad de Naciones". Pero también en Occidente la Iglesia recoge y conserva los restos de la cultura clásica, principalmente en los claustros españoles durante el siglo VI, y en los monasterios de Irlanda. Boecio y Teodoro de Braga sueñan con la conciliación de la sabiduría antigua y la moral cristiana, San Nilo conserva a Epicteto en Egipto, y Claudio Mamerto afirma que abandonar a Platon "sería una gran desgracia para el género humano". Y aun aquellos que, como Isidoro de Sevilla, recelan de la influencia pagana entre los fieles, trabajan por dar a la Iglesia una armadura intelectual con elementos recogidos en los tesoros del paganismo. Por otra parte, la Iglesia auspiciaba el estudio no sólo de la gramática, la retórica y la dialéctica, sino también del *quadrivium*: aritmética, geometría, astronomía y música. Y cuando después de la "atónia" intelectual de los siglos VI al IX viene el renacimiento carolingio al impulso de los sabios que acuden al llamamiento de Carlo-Magno desde los monasterios de Irlanda, florece en las grandes abadías — Cluny, Saint Gall, Fulda, Fleury — un movimiento humanístico, dirigido por hombres como Alcuino, Loup Servat, Remy d'Auxerre, Abbon, etc.; proceso que continúa hasta llegar al platonismo de la escuela de Chartres.

Pero este amor razonado y medido por las excelsas creaciones intelectuales del paganismo no fué nunca imitación, pues sobre él se puso siempre la originalidad fecunda y superior del pensamiento cristiano y su profundo sentido religioso que anhela sobre todo lo eterno. "Desgraciado el hombre que conoce esas cosas y te ignora a Tí, Dios — dice San Agustín —; bienaventurado empero quien te conoce, aunque ignore todas esas cosas. Quien las conoce no por ello es más bienaventurado, sino que lo es por Tí solo". Pero el santo doctor que así define lo esencial de la filosofía cristiana, es al mismo tiempo el gran intermediario entre la Antigüedad pagana y la Edad Media católica, es quien al emplear el idealismo platónico en la doctrina de los universales para fundamentar el concepto del orden cósmico, imprime a éste alientos de eternidad al prolongarlo más allá de lo humano.

Mas cuando el equilibrio difícil establecido por el pensamiento agustino cede a las influencias orientales hasta el punto de convertirse en un hiperidealismo cuyos peligros debían concretarse en la heterodoxia de los siglos XVI y XVII, cuando "Bizancio parece evadirse de la tercera dimensión y elimina el relieve, opone el simbolismo oriental de la Cruz al materialismo occidental del Crucificado y alfombra de mosaicos con preciosos meandros las sendas por donde vendrá Mahoma, vengador de los iconoclastas", cuando en fin la influencia platónica es superada por la de la filosofía plotínica, el admirable sentido del orden intelectual implícito en el pensamiento católico determina la reacción aristotélica. El Estagirita, estudiado ya desde los primeros tiempos de la Iglesia siriaca, había adquirido a partir del siglo XII cierta boga no exenta de peligros en las Universidades europeas, gracias a la escuela de traductores toledanos fundada por el Arzobispo don Raymundo que difundió no sólo las obras de Aristóteles sino las de los panteístas árabes y judíos influídos por aquél. Las ideas peripatéticas eran, pues, consideradas fuente de herejía. Y sin embargo, a mediados de ese siglo XII que es uno de los más importantes en la historia de la cultura europea, la escolástica — "fé que quiere comprenderse a si misma", como la había llamado San Anselmo — incorpora audazmente el racionalismo aristotélico y devuelve a las sensaciones el lugar que les corresponde en la teoría del conocimiento. Por eso ha podido decirse que Alberto el Magno fué el precursor de la ciencia moderna, y por eso debe considerarse en la línea de su pensamiento al "doctor mirabilis", al gran Roger Bacon, no obstante la aversión que sentía por los excesos de la escolástica el insigne franciscano que ya por entonces exaltaba por encima de la estéril dialéctica el método experimental. Sobre el terreno preparado por el maestro de Suabia pudo luego levantarse la monumental creación que se llama el tomismo, "la más alta síntesis de la historia como dice un ilustre biógrafo de Santo Tomás, la obra maestra del humanismo medioeval que tuvo por misión unir indisolublemente la Antigüedad y el mundo moderno".

Ya por entonces había creado la Iglesia algo desconocido en la época clásica, algo decisivo en la formación de la cultura de Occidente: la Universidad. El vulgo, acostumbrado a los tópicos manidos sobre la Edad Media, ignora cómo fué de intensa, de apasio-

nada y potente la vida intelectual europea a partir del siglo XII; y el espíritu disociador, anárquico y negativo que advino con la Reforma protestante ha hecho durante largo tiempo difícil una exacta comprensión de ese orden católico que supo conciliar en una magnífica armonía elementos que el racionalismo y el individualismo son incapaces de concebir sino en términos de antinomia. Mientras una intensa vida popular crea poco a poco los núcleos nacionales, funde los dialectos en un crisol del que luego salieron los idiomas modernos y engendra los particularismos de la diversidad occidental, la Cristiandad existía como una realidad viviente y en las Universidades florecía lo que es hoy un sueño de las élites intelectuales: el espíritu europeo, la cultura cosmopolita. “En la Edad Media — dice Landsberg — las naciones están ligadas en el nexo de Europa que se concreta en su cultura, de fundamento religioso, y en los dos poderes ecuménicos. Dentro de esta cultura que supera y organiza la vida, florece la vida por doquiera, una vida verdaderamente popular que brotaba de la comunión inconsciente con las fuerzas creadoras de la tierra, obra de Dios”.

Todos los hombres cultivados hablaban una lengua común, el latín, y quien alcanzaba celebridad por su saber tenía un auditorio europeo y enseñaba sucesivamente en las más célebres Universidades francesas, italianas, inglesas, alemanas. Una moral común, un criterio común del Derecho, del Honor, de lo divino, esos lazos espirituales constitutivos de una patria, existieron realmente entre las poblaciones de Europa. Esto era la Cristiandad. Bolonia, Oxford, Cambridge, Coimbra, Salamanca, Colonia, Viena, eran otros tantos centros universitarios donde brillaba el pensamiento europeo, cuya sede más alta y más ilustre era la Sorbona; y a ellos acudían ingleses, franceses, alemanes, italianos, húngaros, españoles, en una comunidad entusiasta de la cual hay apenas concepto en nuestra época. Y a pesar de la dificultad de las comunicaciones y de los obstáculos materiales que a ello se oponían, el contacto intelectual entre los diversos países era no solamente continuo sino de una rapidez asombrosa. Un erudito inglés como Salisbury, estudia en París, en Colonia, en Chartres, en Roma. Cuando el Arzobispo de Toledo funda la escuela de traductores con Gundisalvo y Juan Hispalense, acude de todas partes una multitud de estudiosos, algunos de los cuales — como en el caso de Gerardo de Cremona, de Mi-

guel Escoto, de Herman el alemán — difundieron por las Universidades del Continente no sólo los clásicos sino el aristotelismo árabe y judío, las ideas de Avicena, de Algazel, de Maimónides, de Avicebron y de Averroes. En París, *laetitia populi*, centro de la vida intelectual de Europa, hay quince mil estudiantes. Y allí enseñan sucesivamente ante un auditorio continental Hildeberto de Mans, Guillermo de Champeaux, Abelardo, Hugo de Saint-Víctor, Lombard, Alberto el Magno, Tomás de Aquino; y lo mismo sucede en Colonia y en Oxford, donde gente de todos los países escucha a Bacon el admirable y a Escoto, llamado el sutil.

Pero la personificación más cabal de ese espíritu europeo es quizá, ya en los albores de la Edad Moderna, Erasmo de Rotterdam. Hombre de origen humildísimo, adquiere, gracias a la protección que la Iglesia dispensa a las inteligencias superiores, una profunda cultura humanista y no sólo se convierte en príncipe de los letrados, sino que conquista una popularidad que en nuestra época no puede alcanzar ningún magnate del pensamiento. Enseña sucesivamente en París, en Lovaina, en Cambridge, en Basilea. Los reyes se disputan su amistad, tres papas le colman de honores, el emperador le llama "varón benemérito de la república cristiana" y le acuerda una pensión magnífica, los príncipes hacen largos viajes para verle, y las multitudes se agolpan respetuosamente a su paso en los distintos países de Europa. Erasmo es verdaderamente un monarca de la inteligencia. Pues bien, ese fervor por las ideas, ese respeto por el Espíritu, esa vibración de los pueblos ante las glorias del humanismo, revelan cómo subsiste en los albores del siglo XVI el imperio espiritual de Europa creado por el orden católico.

Es ciertamente absurda la nostalgia romántica por la Edad Media que cada cierto tiempo dá brotes enfermizos, pero merecen igual o mayor desdén los lugares comunes difundidos a ese propósito por el racionalismo posterior a la Reforma. Es impropio de una crítica histórica digna de tal nombre juzgar la cultura de una época exclusivamente por sus errores de información o por las deficiencias de su metodología, que, por otra parte, son fáciles de encontrar en la Antigüedad clásica. "Lo importante, como dice Renan, son las líneas generales, los grandes hechos que seguirán siendo verdaderos aunque los detalles resulten erróneos". Y lo que surge de un estudio integral y puramente laico y profano de la cultu-



ra creada por la Iglesia antes de la Reforma, es su profunda espiritualidad y su magnífico sentido del orden que es síntesis superior cuya expresión se encuentra en la perfecta simetría del románico y en el difícil equilibrio del gótico.

Todo ello fué contradicho y parcialmente malogrado por uno de los movimientos más negativos y anarquizantes de la Historia: la Reforma Protestante. La propaganda anticatólica se ha esforzado en presentar ese formidable acontecimiento como determinado por la urgencia de una depuración moral de la Iglesia y por la necesidad de volver a las fuentes más puras de la fé; y hay quienes exaltan las glorias del Renacimiento y censuran como acto de pagania la magnífica protección del Pontificado a los artistas, abominan de la autoridad de la Iglesia en cuestiones de fé, y saludan en la doctrina del *servo arbitrio* un movimiento liberador del espíritu humano.

Es verdad que los desórdenes del siglo XV, el escándalo del Cisma, el relajamiento de las costumbres del clero y el predominio de la aristocracia romana en los últimos años del Cuatrocientos habían quebrantado gravemente la autoridad moral del Pontificado, y es cierto también que por doquier — inclusive en los centros de más rígida ortodoxia católica — se clamaba por una verdadera reforma que detuviese los avances del mal. Pero semejante situación se había presentado ya en los primeros tiempos de la Iglesia griega y en los siglos X y XIV, y el catolicismo había tenido siempre la fuerza y el temple necesarios para aplicarse el cauterio. Justamente esa aptitud incomparable es uno de los hechos más asombrosos de la Historia. Ningún poder temporal ha realizado semejante prodigio. La gloria de los imperios ha fulgido un instante para luego opacarse y extinguirse, y todas las religiones orientales han perdido al poco tiempo su fuerza creadora. Sólo el catolicismo se mantiene como una luz inmortal, sólo la roca de San Pedro desafía a las Edades. Desde su época primitiva la Iglesia supo luchar contra sus propias flaquezas, inevitables por la debilidad de la naturaleza humana. Basta citar la obra de los Concilios de Elvira, Nicea, Calcedonia, Antioquía, Gangres, Laodicea, Toledo, Arles, Anjou, Tours, Vannes, Auvernia, Braga, Narbona, París, etc., así como los sinodos de Agde, Orleans y Epaona; y luego, en el curso de siglos, la reforma de San Benito, la de Cluny, la de Citeaux inspi- a-

da por San Bernardo, la de Gregorio VII, la introducida por las órdenes religiosas en el siglo XII, la del cardenal Cisneros en España, etc.. Al iniciarse la Edad Moderna, en los medios más fieles a Roma, en el seno mismo de la Iglesia, se enjuiciaban los males de ésta con una libertad que es el mejor mentís a la leyenda de la intolerancia en la época inmediatamente anterior a la Reforma. En España, por ejemplo, Fray Francisco de Osuna clamaba contra "los obispotes llenos de buenos bocados y puerros y especias" y lo propio hacía el Cartujano, y el teatro de Gil Vicente se ensañaba con el clero entre los aplausos de las austeras cortes de Castilla y Portugal. Y los escritos satíricos de Erasmo eran favorablemente acogidos en la misma Roma, como sucedió por ejemplo con el *Elogio de la Iccura*, dedicado al Papa León X y recibido con benevolencia por el Pontífice no obstante los ataques al Pontificado.

Al aparecer Lutero la reforma de la Iglesia era, pues, inminente y seguramente se habría realizado de la mejor manera como se hizo pocos años después en el Concilio Tridentino. Lo que explica el éxito del heresiarca es su estrecha vinculación desde el principio con los intereses temporales de los príncipes, es decir su relación con los particularismos germánicos, antilatinos y antieuropeos. Uno de los primeros documentos lanzados por él es su mensaje a la nobleza alemana, en el que aboga por la confiscación de los bienes eclesiásticos y sustituye las decretales pontificias por las ordenanzas principescas. De allí la protección que le dispensan el elector de Sajonia, el Margrave de Hesse, los duques de Luneburgo y de Anhalt. Menciono estas circunstancias porque ellas marcan un punto esencial en todo juicio objetivo sobre la Reforma: ésta opone a la Iglesia Universal las Iglesias nacionales, a la fe ecuménica el credo sometido a los intereses particulares, a la civilización unificadora del catolicismo la reacción oscura de los pueblos bárbaros mal penetrados del espíritu clásico. Allí donde Roma pudo saturar el alma gótica, los frutos fueron de una excelencia incomparable. De ese enlace nacieron el ideal caballeresco, una religiosidad profunda y esa vocación civilizadora tan bien cumplida por la "Felix Austriae" imperial en las marcas del este. Pero en el siglo XVI existían aún en Alemania muchas fuerzas vitales insuficientemente cristianizadas, mucho de la Germania de Tácito, mucho de la herencia

de Arminio. Y fué en Sajonia donde un bárbaro "ahito de cerveza y de teología" repitió el grito ancestral contra el orden de Roma.

De tal manera hemos sometido nuestra manera de pensar al simplismo de fórmulas esquemáticas, que con frecuencia le sacrificamos la riqueza y complejidad de los fenómenos históricos. Para apreciar lo que fué el catolicismo hasta el siglo XVI y la significación disolvente de la Reforma, hay que sacudir el yugo de las palabras manidas y vacías de sentido para penetrar en la hondura de las cosas. Los vocablos "nación" y "nacionalismo" se prestan singularmente al equívoco. La universalidad católica no fué nunca un sistema uniforme y monótono, no fué ese colectivismo espiritual descolorido que va caracterizando nuestra época pese a la exasperación de los nacionalismos contrapuestos. Jacobo Burckhardt vé en la abundancia de personalidades uno de los rasgos distintivos del Renacimiento, por contraste con la uniformidad medioeval; pero si la obra del insigne historiador suizo es insuperable en lo que se refiere al estudio de la época renacentista, sus conceptos sobre la Edad Media son mucho más frágiles y están ya en plena revisión. La vida popular en la Europa católica fué extraordinariamente intensa y el hombre de Medioevo era — como observa Pablo Luis Landsberg — muchísimo menos gregario que el norteamericano de nuestros días. Esa rica vida popular iba formando poco a poco el espíritu nacional, pero sin perjuicio del concepto de la Cristiandad inseparable del pensamiento medioeval, como se ve, por ejemplo, en la misión atribuída a Francia por el monje Guilberto de Noguet — "Gesta Dei per francos" — y en la candorosa identificación que hace Juana de Arco del "santo Reino" con la causa de Jesús. Es pues absurdo suponer que sin la Reforma no existirían las naciones modernas, según se han atrevido a afirmar tratadistas de pacotilla; pero es verdad, en cambio, que con ella se inicia un vasto proceso de disgregación cuya última etapa es el racismo: Las antinomias políticas y económicas en la base de la sociedad cristiana mantuvieron a Europa en guerra durante la Edad Media, pero el protestantismo les agregó la antinomia religiosa en la cúspide de la cultura occidental. "Todo lo ordenado es bello", dice San Agustín, y esa magnífica fórmula resume el pensamiento católico. La Reforma, por el contrario, anarquiza la vida cristiana al sustituir la autoridad de la Iglesia por la interpretación individual de los textos, y

con el mismo golpe hiere la comunidad espiritual del Occidente. Y la tendencia disociadora es a tal punto consustancial con el protestantismo, que las diversas confesiones reformadas no han podido siquiera ponerse de acuerdo entre sí para formar un solo cuerpo de doctrina.

Por eso, apenas nacida, la Reforma choca con el espíritu europeo en la más brillante de sus manifestaciones: el humanismo. Es cierto que entre los heréticos formaron algunos hombres como Melancton, pero fueron, entre los secuaces de Lutero, los más vacilantes, los más inclinados a la reconciliación con Roma y los menos acordes con las ideas del heresiarca. El espíritu de la Reforma no está representado por el autor de la Confesión Ausburgana, por el pálido helenista imbuido de racionalismo aristotélico, a quien repugnaban las tendencias sentimentales y pietistas de la secta, sino por el caudillo, por el violento revolucionario que — como ha demostrado Denifle — aborrecía la escolástica sin conocer el tomismo, en el rudo germano ignorante de la cultura clásica y mal versado en el griego y el hebreo, en el enemigo de la filosofía ateniense, en el agitador que — como dice Chesterton — inicia el hábito moderno de introducir en el debate factores de orden no intelectual.

Los príncipes de la cultura europea, los más ilustres representantes del humanismo, Erasmo y Tomás Moro, advirtieron muy pronto el sentido negativo de la Reforma. Erasmo, iniciador hasta cierto punto del movimiento reformista, se horroriza al ver cómo se convierte en fuerza desatada y destructora. Las ideas de Lutero le parecen "atrocidades", y el hombre de Witemberg le responde con su violencia característica: "sofista papal", "amigo del Anticristo".

Es que el humanismo comprendía que su causa era la causa de la Iglesia. Una de las generalizaciones más arbitrarias y equivocadas en que muchos incurren al abordar la historia de aquel tiempo, es la que presenta como fenómenos semejantes o espiritualmente vinculados la Reforma y el Renacimiento, siendo así que son opuestos desde su raíz. Desde que se fundaron las primeras escuelas de griego en el siglo XIV, con el Papa Nicolás V, fundador de la Biblioteca Vaticana, con el Cardenal Berion, con Bembo y con Bibiana hasta la soberbia eclosión del Pontificado de León X, el renacentismo fué constantemente impulsado y favorecido por

la Iglesia. La circunstancia de que uno de los aspectos del Renacimiento consista en manifestaciones de impiedad o paganía como las de Maquiavelo o Pomponio Leto, o en la aparición de personalidades sin freno como César Borgia o Castruccio degli Anteminielli, no basta para definirlo en conjunto como un movimiento anticatólico, pues los grandes artistas y muchos de los más selectos espíritus de la época son fieles a la ortodoxia de la Iglesia, a cuya influencia se debe en parte principalísima el florecimiento de la cultura clásica. Catolicismo y humanismo se armonizan tan bien que en el seno de la Contrarreforma nació ese humanismo devoto cuyas más bellas expresiones se encuentran en la obra de San Francisco de Sales.

En cambio el Renacimiento y la Reforma se repugnan mutuamente y sólo están emparentados en las nociones del vulgo. “Como el Renacimiento — escribe Menéndez y Pelayo — es un hecho múltiple y complicadísimo y la Reforma una herejía clara, bien definida y neta, al modo del gnosticismo o el nestorianismo, a cualquiera se le alcanza que esa nueva filiación de la Reforma es un nuevo sofisma”. Lutero y los suyos criticaban como un crimen el fervor renacentista de León X, censuraban a la Iglesia sus concomitancias con la filosofía griega, y sustituían la tradición clásica del catolicismo con la del espíritu rabinico, con la limitación al texto de la Escritura y el retorno a la aridez iconoclasta de los pueblos semíticos. De esta suerte destruían toda espiritualidad verdaderamente religiosa y sus expresiones más puras: el misterio, la poesía del culto, la belleza del arte cristiano, las imágenes, la devoción a la Virgen que es una de las formas exquisitas de la sensibilidad católica, la hermosura del rito, la liturgia. La Confesión Augustana declara la Biblia el solo y único texto válido sobre la revelación, y Calvino, hombre de inteligencia mucho más sistemática que el predicador de Witemberg, acentúa aún dicho concepto. No se concibe nada más sombrío que esa semitización del cristianismo que desnuda los templos, proscribía el arte y condena la alegría como un pecado. Ni hay nada más contrario a la maravillosa claridad del Renacimiento que la oscura Ginebra hugonote, reñida con las Gracias y las Musas, sin fiestas, sin arte, sin teatro hasta fines del siglo XVIII.

Pero el humanismo era sobre todo inconciliable con la Reforma porque ésta negaba algo que es condición necesaria de su existencia: la libertad del espíritu. La doctrina católica sostiene la rectitud originaria de la naturaleza humana, torcida por el pecado original, y declara que la caída quitó al hombre santidad y justicia, mas no el libre albedrío. "Servir a Dios libremente — dice San Agustín — es la misión del hombre"; palabras que confirman la sentencia del Apóstol: "fé sin obras es cosa muerta". Tan noble concepto exalta la dignidad humana y le impone una fecunda disciplina para llegar al bien en lucha constante con el mal; en tanto que la doctrina protestante niega el libre albedrío, considera el alma íntegra e irremediabilmente corrompida por la primera culpa, afirma que el hombre peca en cuanto hace porque la concupiscencia mancha todas sus acciones, niega la posibilidad de cumplir la ley de Dios y sostiene que la salvación es fruto, no de las obras del hombre libre, sino sólo de la gracia que Dios concede a los predestinados que tienen fe y niega inexorablemente a los demás. Apurando esas ideas hasta sus últimas consecuencias lógicas, se llega al fatalismo desesperado de Gottschalk y se niega valor universal al sacrificio del Crucificado, para concluir que Jesús murió, no por todos los hombres, sino sólo por los predestinados. El hombre pierde entonces su dignidad esencial y, privado del libre albedrío, no es más que el juguete de una voluntad arbitraria. ¿Hay algo más absurdo que esperar la liberación del espíritu humano de una doctrina que le niega precisamente la libertad?

El principio de la fe sin obras reduce el protestantismo a una moral seca y árida, vacía por completo de caridad, y la creencia en la predestinación infunde en los modernos fariseos la intolerancia y la soberbia. Así se produce el extraño fenómeno que vemos en las sociedades puritanas, donde resurge una antigua idea de origen hebreo: la idea de que basta cumplir los preceptos para estar en gracia de Dios, sin que en esa observancia deban ponerse la piedad y el amor; concepto que se completa con la creencia típicamente calvinista de que la complacencia divina se manifiesta en la bendición a las empresas terrenales del justo. Los efectos de la racionalización hugonote en la sociedad moderna despojada de su esencia y sus formas, de sus encantos mágicos, místicos y filosóficos, y la influencia que ha tenido en la formación del espíritu capitalista,

han sido estudiados a fondo por el gran sociólogo alemán Max Weber. Nunca seguro de la gracia, el calvinista busca en este mundo sus manifestaciones visibles y las encuentra en la prosperidad de su empresa o su negocio; pero el ascetismo le impide utilizar las ganancias para el reposo o el disfrute de sus riquezas en el lujo o el placer. Por consiguiente tiene que emplear nuevamente el dinero en la empresa, lo que produce la acumulación de capital por obligación ascética de ahorro. Weber demuestra luego cómo esa moral exige el trabajo regular y racionalizado y el cuidado sistemático que permite establecer en cualquier momento la situación del negocio. Así la dialéctica de un sistema de ideas ha engendrado el espíritu capitalista que corroe los fundamentos de la sociedad cristiana; lo que nos explica el caso de esos multimillonarios norteamericanos que organizan *trusts* para el monopolio de la producción, conducen sus empresas a su fin sin reparar en medios, van al oficio todos los domingos, leen la Biblia con unción y dotan regiamente a la Iglesia y a la propaganda protestantes para evangelizar estos países latinos de raza menguada y contumaces en el error. “El puritano — dice André Siegfried en su excelente ensayo sobre los Estados Unidos — se honra en ser rico, embolsa los beneficios y se complace en decir que la Providencia los envía. De ese modo llega a no saber con exactitud cuándo procede por interés y cuándo por devoción y en realidad no desea averiguarlo, pues acostumbra explicar por su sentimiento del deber aquellos mismos actos que le reportan mayor utilidad. A tal punto, en su falta, querida o no, de penetración psicológica, el puritanismo se encuentra por debajo de la hipocresía”. Una vez convencido de la gracia divina por su prosperidad material, el calvinista se considera en el número de los predestinados que forman “la sal de la tierra” y concibe una insoponible manía misionera y reformista, inspirada en la más odiosa y ostensible convicción de la propia superioridad moral. “Todo americano — dice Siegfried —, llámese Wilson, Bryan o Rockefeller, es un evangelista que no puede dejar a las gentes tranquilas y que se siente constantemente obligado a predicar”. Y agrega refiriéndose al apoyo del capitalismo, a la prédica protestante y al sometimiento de ésta a las exigencias del dinero: “pero un día las almas escrupulosas sufrirán algo equivalente a la tentación de Cristo. El diablo — un banquero naturalmente — las conducirá al último piso

de un rascacielo, desde donde les descubrirá riquezas inmensas que podría entregarles para construir templos, escuelas, clubs, hospitales. "Todo eso es vuestro, les dirá Mefistófeles, para que lo empleéis en el progreso social con una sola condición: que os inclineis ante mí". Si esas almas misioneras quieren desarrollar su actividad, tendrán que inclinarse".

Nosotros conocemos bien ese fariseísmo para saber que, en efecto, se inclinarán. Ya al presente la propaganda protestante se extiende por la América española, para cuyo fin las múltiples sectas reformadas, incapaces de unir su doctrina, han conseguido combinar sus esfuerzos contra la fe católica bajo la autoridad de un organismo central con sede en Nueva York. Con los sombríos discípulos de Calvino, con esos graves heraldos de una filantropía humanitaria que apenas encubre la más estrecha intolerancia, vienen no sólo el espíritu de secta, sino la voluntad dominadora de una raza extraña por entero a nuestra tradición histórica. Al combatir su empeño defendemos el glorioso patrimonio de la cultura católica cuyas raíces se hincan en la tierra fecunda del pensamiento clásico, pero preservamos asimismo nuestra personalidad, nuestro particularismo, nuestra Nación. Esta no consiste en un conjunto de personas establecidas en un territorio determinado para explotarlo como una factoría, sino en un "alma, en un principio espiritual". Una nación "es el resultado de una larga serie de esfuerzos, de sacrificios, de devociones". El Perú ha sido incorporado a la fe cristiana y a la civilización de Occidente por la Iglesia Católica, y ella ha penetrado sus sentimientos, sus costumbres, sus ideas, todo lo que hace de las distintas razas que constituyen nuestro pueblo una verdadera unidad y un solo espíritu. Disolver el catolicismo sería, pues, desatar las fuerzas centrifugas, destruir uno de nuestros más valiosos factores de homogeneidad y coherencia. Si — como observa Gundolf — nuestra época anarquizada necesita sobre todo factores de afirmación y de unidad redentores "que puedan traernos formas y no aquellos que las rompen", esa necesidad es más profunda que en ninguna parte en este país donde hay tantos gérmenes de incoherencia y de desorden. No es por simple casualidad que la propaganda protestante se ha vinculado entre nosotros a los medios radicales, y al llamado indigenismo en cuyo seno viven los odios de raza.



---

En un cuento de las Mil y Una Noches, en el cuento de Aladino, cierto mago que representa el espíritu del mal logra robar la lámpara maravillosa ofreciendo a la esposa incauta del dueño el cambio de lámparas viejas por nuevas. Así hace entre nosotros la propaganda protestante. Pero estamos advertidos y no cambiaremos por una lámpara alimentada con el petróleo de los millonarios calvinistas, la maravillosa lámpara en que brilla, desde hace dos milenios, la pura luz de la verdad católica.

*Guillermo HOYOS OSORES.*